

Vivir el Año de la Fe: ¿En clave mítica o mística?

José Antonio Vázquez Mosquera

<http://blogs.periodistadigital.com/cristiania.php/2012/11/28/vivir-el-ano-de-la-fe-ien-clave-mitica-o>

J.A. Vázquez es monje cisterciense de Santa María de Huerta, licenciado en Filología Semítica, postgrado en Counselling. Autor de diversos artículos en revistas, y colaboraciones en libros, sobre espiritualidad monástica, ecumenismo, diálogo interreligioso y desarrollo humano.

Desde hace unos años promueve diversos talleres, retiros y cursos sobre espiritualidad. En la actualidad, es miembro de la fraternidad Cristianía, una fraternidad en formación que quiere vivir y difundir los valores monásticos cistercienses entre los laicos/as, con un espíritu ecuménico e interreligioso.

Con la celebración de la **XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos**, dedicado a la **Nueva Evangelización**, hemos comenzado el llamado Año de la Fe, que el papa **Benedicto XVI** propone se conmemore en toda la Iglesia desde octubre de este año hasta noviembre del próximo.

Puede que pensemos que este tipo de convocatorias no pasa de ser una mera proclamación ineficaz de buenos deseos; y es verdad que estas propuestas suelen aparecer como actuaciones puramente formales, y hasta artificiales. En este caso, sin embargo, más allá de los aspectos meramente celebrativos, creo que hay una profunda intuición detrás; una intuición que parece apuntar certeramente a la causa de la profunda crisis religiosa que, ya mucho antes de la actual crisis económica, veníamos atravesando. Otra cosa es que las respuestas que se den a esta intuición y los medios propuestos en el Sínodo, para superar esta crisis religiosa, sean los más adecuados. Y es que, como señalaba Monseñor **Giuseppe Casale**, en su *“carta abierta al Sínodo”*, este tipo de reuniones está tan mediatizada por los mecanismos de control vaticanos que difícilmente pueden salir de ella respuestas que no sean las que espera escuchar el **“establishment”** eclesial oficial.

Los Sínodos, tal como se conciben hoy día, tienen un carácter meramente consultivo, su composición está muy ligada a la burocracia eclesial, los debates que en ellos se realizan son muy largos y poco ágiles, estando sus resúmenes en manos de la Curia, el escaso peso de otras presencias como los jóvenes, los laicos, las

mujeres... es notable, finalmente las conclusiones reciben la aprobación papal después de bastante tiempo de celebrado el Sínodo, mediante la publicación de una *“Exhortación”* en cuya redacción suele estar también implicada la Curia o su visión. Todo esto hace que terminen por ser poco eficaces.

Para **Florence de Leyritz**, corresponsal de *“Le Monde”*, entre los documentos elaborados por este Sínodo **se pueden distinguir dos tendencias:**

- **La tendencia eclesiástico-autoritaria**, representada por las **“58 Proposiciones del Sínodo”**, que ve la Nueva Evangelización en clave de “reconquista”, situándola bajo el control de la jerarquía, animada desde las parroquias y cuyo objetivo fundamental sería mejorar y renovar los elementos de transmisión de la fe tradicionales.

- **Y la tendencia, representada por el “Mensaje Final del Sínodo”, que denomina eclesial-comunitaria**, que se hace eco de los importantes cambios experimentados en la cultura, animando a que también la Iglesia entre en conversión, junto con la sociedad.

Ambas tendencias, pese a sus diferentes estilos, más autoritario e identitario, en un caso, y más comunitario y dialogante, en el otro, siguen poniendo el centro en un modelo de Iglesia, y de cristianismo, que acentúa los aspectos “religioso-institucionales”: La Palabra, los Sacramentos, el Magisterio, la parroquia, el Domingo...

Si hiciésemos un análisis desde las conclusiones a que han llegado las investigaciones sobre la evolución de la conciencia, que se han venido desarrollando, en los tiempos más recientes, por numerosos autores (Piaget, Fowler, Gebser, Loevinger, Graves, Wilber, etc...) y que señalan la existencia de diversos niveles de evolución de la conciencia (arcaico, mágico, mítico, racional, pluralista, integral, transpersonal, místico...), **habría que situar el paradigma de estos documentos en los niveles míticos y racionalistas de conciencia**, como es habitual, por otro lado, en los documentos contemporáneos del magisterio. **Estos estadios no representan los niveles más avanzados que se han desarrollado en la humanidad contemporánea (los pluralistas e integrales) sino niveles de desarrollo actualmente “retrasados”.** Por lo tanto, por desgracia, parecería que no ha habido, en este sínodo, una apertura expresa a niveles más inclusivos e integrales como parecería lo adecuado si queremos comunicarnos con la humanidad contemporánea en toda su diversidad.

El nivel mítico de conciencia se caracteriza precisamente por poner el énfasis en la identidad. La pertenencia al propio grupo es fundamental para “realizarse” plenamente en toda visión mítica (además es muy habitual el sentimiento de “persecución” de los

otros grupos que no son el propio -en este caso la cultura secular-); se enfatiza, además, una concepción de la verdad basada en principios inamovibles y rígidos, que deben defenderse frente a quienes no los comparten y se concibe la sociedad de manera jerarquizada y patriarcal; la religión se entiende en parámetros exclusivistas (sólo la propia religión es verdadera o completa) y busca la conversión de los “otros” para que alcancen su plenitud. **Hay en los documentos del Sínodo huellas de esta visión del mundo, si bien matizadas por el otro nivel de conciencia, más elevado, que ya ha sido asimilado en parte por el magisterio: el nivel racional. El nivel racional** de conciencia se caracteriza por el predominio del pensamiento abstracto, que se considera la facultad humana por excelencia, y que tiende a construir **visiones universalistas, que pretenden alcanzar una perspectiva objetiva de la realidad. Emerge un sujeto autónomo y racional**, que quiere hacerse responsable de sus decisiones y su vida, justificándolas racionalmente. Se enfatiza el carácter personal de Dios y la religión se entiende fundamentalmente como una relación interpersonal con Dios, visto como un gran Yo.

Estos niveles de conciencia no son, ni mucho menos, los más elevados que han emergido hoy; habría que hablar de otros niveles que ya han tomado presencia en la cultura y la sociedad: **el pluralista y el integral.**

El nivel pluralista se caracteriza por tres elementos propios de la llamada postmodernidad: **el contextualismo** (todo está influido por su contexto), **el constructivismo** (participamos subjetivamente en construir nuestro conocimiento) y **el aperspectivismo** (no basta una única perspectiva para conocer). Desde el punto de vista religioso, en este estadio, **se enfatizaría la relatividad de todas las formas religiosas**. Este nivel representa el último “peldaño” del llamado pensamiento de primer grado (aquel que considera que sólo su visión es cierta y legítima). **En nuestra época estaría surgiendo un nuevo nivel de conciencia: el integral**, que es ya un pensamiento de segundo grado (consciente de su propia relatividad y de validez relativa de los diversos niveles) y, por tanto, capaz de dar legitimidad a (e integrar) todas las visiones o perspectivas sin caer en el relativismo, al reconocer la existencia de jerarquías diversas de realización de la verdad (no habría una única visión de la verdad pero todas las visiones no son iguales, hay visiones más o menos inclusivas o abarcadoras) y, a la vez, abrirse a niveles espirituales o transpersonales, más allá del ego. **Este sería en nivel más avanzado, que está emergiendo en la sociedad, y que debería ser tenido en cuenta por toda iniciativa que intente ayudar a espiritualizar y humanizar el mundo, como lo intenta la Nueva Evangelización.**

Tras estos niveles, la evolución de la conciencia continúa con los niveles transpersonales

, aquellos en los que la propia mente es superada, desidentificándonos de ella, superando la dualidad y el ego, mediante el acceso a experiencias de comunión (con el cosmos, con Dios, con toda la humanidad) cada vez más profundas.

La meta final del camino espiritual sería la experiencia mística, que no habría que entenderla como el último nivel (el final) evolutivo sino como una “salida” de la cadena de la evolución (que en sí no tendría “final”, se desarrolla indefinidamente), la salida más allá de la historia a la dimensión suprahistórica y, a la vez, la “encarnación” de esa dimensión “suprahistórica” en la historia. La mística es, pues, una experiencia no dual, es decir, que no separa la historia y el Misterio, sino que, sin identificarlos, los considera dos caras de una misma Realidad que es la relación entre ellos. **La experiencia mística, por tanto, tiene una dimensión invariable, que es supratemporal, y otra dimensión, que va evolucionando, ya que es histórica.** Para Ken Wilber la experiencia mística supone una experiencia transpersonal interpretada según el nivel de conciencia más inclusivo o evolucionado, emergido en la sociedad del momento en que vive el místico; en nuestro caso, el nivel integral. La ausencia de un “nivel integral” en el discurso de los documentos del magisterio actual nos testimonia de manera objetiva la ausencia (o al menos la visibilidad) de la experiencia mística (lo cual no quiere decir que no haya experiencias espirituales de otro tipo menos pleno) entre los líderes eclesiales actuales. La mística cristiana está hoy, por desgracia, en los márgenes de la institución eclesial, cuando no fuera de ella, pues el nivel integral cristiano se detecta en personajes como un **Thomas Merton, un R. Panikkar, un T. Keating, W. Jaeger, un E. Martínez Lozano, Melloni**, etc... , más bien alejados de los círculos de poder de la institución.

La gran crisis que vive el catolicismo en nuestra época es la ausencia de una experiencia mística destacada, y con influencia, en el seno de la institución eclesial. La clave pues de la crisis está, como señala el Papa, en la actual “debilidad” de la experiencia de la fe y en la necesidad de recuperar esta experiencia, pero no buscando la restauración de una fe expresada en parámetros míticos superados, como parece sugerir el discurso oficial, sino en la evolución de la experiencia de fe, en el avance hacia una mística integral.

Hace ya tiempo que **los más destacados estudiosos del fenómeno religioso y espiritual han detectado en la crisis de las religiones, no sólo del catolicismo, los síntomas de un cambio de época y de conciencia** que obliga a superar modelos anteriores, más rígidos e institucionalistas, para abrirse a modelos más experienciales y flexibles. El **modelo de religión que hemos vivido hasta ahora está cada día menos cualificado para transmitir la experiencia mística, convirtiéndose para**

muchos en un verdadero obstáculo. Así lo afirma **Juan Martín Velasco**: *“indicio claro de esta crisis es la incapacidad de las religiones establecidas para transmitir la experiencia sobre la que se asientan”*.

Ante esta situación, muchos han optado por abandonar las religiones como meras formas superadas de la experiencia espiritual; algunos autores identifican religión con la expresión de la experiencia espiritual en los niveles míticos de conciencia, por tanto, con una forma que debe ser abandonada al avanzar en la madurez de la conciencia. **Se habla de una espiritualidad laica o metarreligiosa como la única posible para el que está en niveles de conciencia más amplios que los míticos.** Creo que puede haber en todo esto algo providencial para ir dando nacimiento a nuevos caminos espirituales laicos, que posiblemente son únicos que pueden ser recorridos por muchos hombres y mujeres contemporáneos.

Esto no quiere decir, creo, que la experiencia religiosa deba ser superada por ser siempre una experiencia mítica; de nuevo, es el propio **Wilber** (un místico laico) quien señala la posibilidad de la existencia de todos los niveles de conciencia en las religiones. **La religión es un tipo de experiencia diferente de la espiritualidad laica, y, por ello, su desaparición sería una pérdida para todos y dificultaría el camino a los llamados a seguir una vía religiosa. Eso sí, la experiencia religiosa debe evolucionar hacia los niveles integrales o místicos, superando las formas míticas y autoritarias en las que aún se expresa.**

La experiencia religiosa *“renuncia al deseo de inmediatez de Dios... y asume la categoría de la mediación”* dice **Yves Catin**. Para la experiencia religiosa, la experiencia de Dios, o experiencia mística, también es una experiencia insuficiente, es incompleta, por muy plena que sea. **Dios es siempre más que nuestra experiencia de él. De ahí que se señale la necesidad de asumir una mediación que proviene del mismo Dios, que se manifiesta cómo él quiere.** Para el punto de vista religioso, en la experiencia mística debe haber, además de unidad con el Misterio, alteridad del Misterio con respecto a mi experiencia.

Esto es lo que explica la **necesidad para las religiones de Una “Palabra Revelada” (o mediación cualificada) y la Comunidad, guardiana e intérprete de esa Palabra. Es decir, en el caso de la religión: “La experiencia mística se ve en la obligación de medirse con la Palabra de Dios, de la que la comunidad... fue constituida guardiana” (Yves Catin).**

Para que la experiencia religiosa pueda continuar transmitiéndose, a pesar de la crisis en la que se encuentra, Martín Velasco ve “como única salida... la recuperación de la experiencia personal que está en la base de todo el edificio religioso... la recuperación del elemento místico consustancial a todas las

religiones". Si la mística alcanzara la influencia, que sería deseable, dentro de las instituciones religiosas, piensa **Velasco** que esto supondría cambios y **una nueva configuración de las instituciones religiosas: un deseable y sano debilitamiento de las rigideces de las actuales estructuras institucionales, un clima general de libertad dentro de las religiones, un predominio de los círculos reducidos de creyentes como forma de organización, y una acentuación de las prácticas religiosas personales sobre las mediaciones culturales de masas.** Uno de los mayores problemas, que tenemos hoy en la Iglesia, para recuperar la mística, es el nivel de conciencia en el que se encuentra la mayoría de los líderes eclesiales (nivel mítico-racionalista), muy alejado del nivel integral, que es en el que hoy expresa la experiencia mística. **Hay una separación cada día mayor entre la mayoría de los creyentes de base, cuya conciencia ha superado el nivel mítico, y los líderes eclesiales, que siguen todavía en él.**

Para el que sigue la vía de la espiritualidad religiosa, esto no supone que la mediación, que estos líderes ejercen, quede anulada

, el magisterio sigue siendo una referencia necesaria para todo católico, si bien, es necesario el profundizar en él para descubrir potencialidades que, a veces, los propios redactores de **los documentos no han visto. Es el caso de los documentos emanados de este Sínodo, en los cuales se encuentran numerosas semillas de esa nueva configuración de lo religioso que acentúa una Iglesia más abierta y más centrada en la experiencia que en la doctrina.** Por ejemplo, están en esta línea algunas **expresiones del Mensaje del Sínodo**, como: *"constituir comunidades acogedoras, en las cuales todos los marginados se encuentren como en su casa"... "estar al lado de los pobres y compartir con ellos sus sufrimientos como lo hacía Jesús", "vivir de un modo renovado nuestra experiencia comunitaria de fe y el anuncio", "conducir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo hacia Jesús, al encuentro con Él", "la fe se decide, sobre todo, en la relación que establecemos con la persona de Jesús, que sale a nuestro encuentro"...*

A lo largo de la historia de la Iglesia, **el monacato se ha ido convirtiendo en esa escuela de fe mística, integral, más que puramente intelectual o moral.** La plenitud de la formación que el monacato daba es lo que ha hecho que fuera un semillero de líderes eclesiales con un nivel de conciencia más místico que mítico. En Oriente, se conserva, como reminiscencia de esta "buena formación" monástica, la costumbre de que los obispos sean monjes. Por desgracia, hoy el monacato está impregnado en gran medida de mentalidad mítica, más que mística.

Una buena contribución a la Nueva Evangelización sería el recuperar un monacato más místico, un monacato que hoy debe expresarse en un paradigma

integral y no dual. Cristianía, con todas sus deficiencias y escasa capacidad, no quiere ser sino un signo y un instrumento de esta necesidad cada día más acuciante. Ojalá algún día se apoye, desde dentro de las instituciones religiosas, una formación para alcanzar una conciencia más evolucionada e integrada, un Camino para la Comunión en la experiencia y la pluralidad en la expresión, de modo que alcancemos una nueva experiencia de la fe que funde una Nueva Mística para nuestros días.